

Notas sobre la noción de trabajo esencial



Verónica Gago¹
IIEGE UBA CONICET
verogago76@gmail.com

La pandemia (nos) expone a la totalidad del capital: sus vínculos más intrincados y subterráneos salen a la luz. El impulso extractivista y su relación con el genocidio indígena en el Amazonas, así como su impacto directo en la financierización del suelo en los barrios más pobres de las ciudades, quedan evidenciados. Se explicitan también las maneras en que la precarización del trabajo logra extender las jornadas laborales de una manera que relanza la guerra sorda que Marx leía condensada en su duración y, a la vez, pone en primer lugar las tareas de la reproducción en ensamblaje directo con la economía así llamada *de plataformas*. Que en menos de un año se haya producido el incendio más grande en la historia de la Amazonía y que hoy los desmontes sigan a pleno ritmo mientras la plataforma de comercio electrónico con el mismo nombre es una de las empresas más enriquecidas como efecto de la pandemia no deja de ser de un catastrofismo literal.

El capitalismo, a propósito de la pandemia, se exhibe entonces como el gran *diagrama*. Muestra, como en un mapa de rutas y caminos, la conexión multilateral y vital de todo con todo. Podríamos decir que ese es el efecto *metodológico* de la crisis pero que esta vez tiene la singularidad de suceder a nivel planetario y en un tiempo compartido. Esa dimensión de simultaneidad global despliega cuestiones de escala, y de temporalidad, no menores para vislumbrar las aspiraciones de una economía de la violencia que, una vez más, se abalanza sobre ciertos cuerpos y territorios.

Pero, claro, estamos en el plano del capital. ¿Qué sucede con lxs trabajadorxs, con las vidas proletarias entendidas desde su existencia heterogénea y más allá de la contabilización fallida —de la informalidad a lo sobrante, de lo excluído a lo subdesarrollado— de las poblaciones laboriosas mayoritarias del sur global?

Con esta inquietud, quisiera discutir algunos puntos sobre la noción de “trabajo esencial” emergida durante la pandemia como concepto (también en simultáneo y de modo global), y hacerlo a partir de la realidad argentina que es, sin embargo, inmediatamente regional.²

¹ Este texto es una versión modificada de un trabajo publicado en el Journal “International Labor and Working-Class History - ILWCH”, dossier “The Future of Work in the Era of the Pandemic”, a cargo de Franco Barchiesi.

² En el plano del trabajo asalariado registrado, tradicionalmente definido como productivo, la categoría de “trabajo esencial” habilitó una disputa sobre cuáles son los criterios de su definición. En Argentina, la reivindicación de no ser trabajo esencial —por parte de trabajadorxs de empresas, por ejemplo, de bebidas alcohólicas, de alimentos snack y de tubos de petróleo— fue un conflicto con la

Los trabajos que se evidenciaron de manera más veloz y dramática como *esenciales* fueron las formas laborales que históricamente no son visibilizadas ni contabilizadas como tales. Es en este mundo del trabajo en general asociado a las imágenes de lo “sumergido”, en la frontera entre lo legal y lo criminalizado, que va de las ferias a los emprendimientos de autogestión, pero también de los trabajos que a veces se reconocen con el eufemismo de “voluntariado” porque tienen un componente de cuidado intensivo o que se los percibe solo como solidaridad comunitaria, intermitente y espontánea, de composición feminizada y migrante, sobre el que quiero concentrarme. Porque se trata del trabajo que estructura las economías populares altamente feminizadas y que, en los últimos años, gracias a la fuerza organizativa del movimiento feminista han devenido espacialidades estratégicas de reelaboración y valorización del trabajo reproductivo.

Estas economías populares envuelven una dimensión reproductiva central, por lo que la tarea de organizar la vida cotidiana está ya inscrita como dimensión productiva, asumiendo una indistinción práctica entre las categorías de la calle y del hogar para pensar el trabajo. Son estas economías populares, entonces, como trama reproductiva y productiva las que ponen en debate las formas concretas de precarización de las existencias en todos los planos y muestran el nivel de despojo en los territorios urbanos y suburbanos, que es lo que habilita nuevas formas de explotación. A su vez, esto implica el despliegue de una conflictividad concreta por modos de entender el territorio como nueva fábrica social.

El trabajo esencial entonces se inscribe en una espacialidad laboral particular: en esas zonas que han construido una *afinidad histórica entre economía feminista y economía popular para visibilizar dinámicas productivas, ligadas con la politización de la reproducción social desde la práctica política en las sucesivas crisis*. En este sentido, la politización implica que la reproducción social de la vida subsana y repone y, al mismo tiempo, critica el despojo de infraestructura pública. Las economías populares construyen hoy infraestructura común para la prestación y el acceso a servicios llamados básicos pero que no son tales: desde la salud hasta la urbanización, desde la electricidad hasta la educación, desde la seguridad hasta los alimentos. En su clave feminista, esta politización visibiliza los trabajos reproductivos directamente como *infraestructura* común que debe ser producida, que requiere trabajo continuo.

Pero, con la crisis a partir de la pandemia, incluso los bordes de esas economías populares feminizadas se han hecho más difusos. El índice lo marcó la “aparición” de once millones de personas que solicitaron la ayuda que el gobierno ofreció con el nombre de Ingreso Familiar de Emergencia. Desde el Estado se calculaba que recibirían un pedido de tres millones de subsidios. La demanda provino de un cuarto de la población total del país. Se trata de un subsidio que es “aparte” de los ya existentes, por lo que revela formas de precariedad que en general no son contadas como “pobreza” por los índices estándar y que, sin embargo, marcan una reestructuración profunda en la capacidad cotidiana de conseguir ingresos.

patronal que no les concedía la suspensión de tareas (Basualdo & Peláez, 2020). En Chile y en Brasil, esa misma batalla estuvo directamente relacionada con el retardo y el retaceo de los gobiernos de declarar la cuarentena. La British American Tobacco de Chile, para nombrar un caso llamativo, se reivindicó como producción esencial, aun registrando un alto nivel de contagio entre sus trabajadorxs. Qué rubros entraban en la categoría de esenciales se convirtió en una suerte de examen del poder de las empresas para fijar su capacidad de lobby, de confrontar con las medidas que las obligaban a no despedir trabajadorxs, como un modo de conseguir subsidios estatales para pagar salarios e, incluso, para forzar la gramática de acuerdos sindicales-patronales sobre recortes salariales en un “marco pacífico”. Un segundo momento es el marcado por lxs trabajadorxs asalariados registrados que, categorizados como esenciales, reclamaron condiciones de seguridad y salubridad en sus lugares de trabajo, organizando así una traducción de esa esencialidad en términos de derechos y protecciones. Fue notable este reclamo, en particular, en los gremios dedicados a la salud y los supermercados.

En este escenario, hoy nos toca preguntarnos cómo el capital busca aprovechar la situación de crisis para reconfigurar las formas de trabajo, los modos de consumo, los parámetros de ingreso y las relaciones sexo-genéricas. A partir de los usos de la categoría de trabajo esencial, ¿no podemos mapear una reclasificación paradójica de la crisis del trabajo asalariado y una tendencia a la superexplotación de los trabajos menos reconocidos como tales?

Esta serie de preguntas pueden plantearse en un doble movimiento. Por un lado, evidenciar que cuando hablamos de trabajo de reproducción nos referimos al trabajo que se realiza en los *territorios domésticos* que no solo son los hogares, sino que han devenido en espacios de reproducción colectiva, territorial, barrial frente a los despojos sistemáticos que privaron de formas de sustento básicas a esos lugares. Hoy, en plena emergencia, son estos trabajos desplegados en estos territorios domésticos ampliados los que responden, como decía al inicio, a las urgencias cotidianas: de la emergencia alimentaria a la sanitaria, pasando por las violencias de género y la emergencia habitacional.

El “desborde” de lo reproductivo respecto del confinamiento hogareño estructura desde hace años el paisaje de extensas economías populares feminizadas. A esto refiere la dimensión *política* de las economías populares que ha logrado la politización de la reproducción, el rechazo a la gestión miserabilista de sus actividades y una capacidad de negociación de recursos con el Estado y que, sin dudas, con la masificación del feminismo ha radicalizado el debate sobre estos aspectos. Nos referimos así a una fuerza de trabajo que ha movido las fronteras de lo que se entiende por clase obrera gracias a esas luchas que pusieron conflictivamente en juego una redefinición de quiénes son l*s sujet*s productiv*s y que son hoy las que han asumido el rol de la “primera línea” en la crisis. Al mismo tiempo, hojaldrando el hecho mismo de que la clase no deja de ser una parcialidad: es decir, una división en la sociedad entre quienes, para decirlo con Marx, dependen para relacionarse con sí mismos y con el mundo de su fuerza de trabajo y entre quienes no.

Entonces: *una enorme masa de trabajo gratuito, subsidiado, “no registrado”, precarizado, en general no salarizado y altamente feminizado se convirtió en la imagen más contundente del “trabajo esencial”*. Pasó al centro de la escena justamente aquel trabajo que condensa las tareas realizadas por mujeres, lesbianas, travestis y trans, pequeñxs campesinxs, migrantes, históricamente no reconocidas como trabajadorxs y despreciadxs en su capacidad productiva. Se llamó *esencial* entonces a jornadas laborales sin límite, marcadas por la disponibilidad frente a la emergencia, a la invención de recursos en medio de la escasez, a la puesta en juego de saberes que vienen acumulándose como manera de enfrentar el despojo cotidiano.

La torsión del reconocimiento de esos trabajos bajo el bautismo de esencialidad es compleja. Porque, en buena medida, se hace codificándolos en clave de abnegación, heroísmo y mandatos de género. Queda así forcluido el reconocimiento feminista de esas tareas lograda en estos años de movilización, debate y organización, capaz justamente de desacatar los mandatos familiaristas asociados a esas tareas, capaz de reclamar derechos y salarios por hacerlas y de atribuirle un valor político de autogestión.

Trabajo esencial condensa una fuerte paradoja: pone nombre a una renaturalización de esas tareas y de ciertos cuerpos dedicados a ellas, ahora aplaudidas pero no lo suficientemente remuneradas; valoradas pero reinstaladas en imaginarios cuasifilantropicos (y con apoyos eclesiales). Esto produce una pirueta particular: se habla de trabajo pero al calificarlo de *esencial* parece dejar de ser trabajo. Se le reconoce valor, pero pareciera ser fundamentalmente simbólico y emergencial.

Vemos a gran escala practicarse sobre estas tareas y sobre muchísimos empleos vinculados a la reproducción social—que incluyen desde la educación a la sanidad, pasando por todo tipo de labores de cuidados, de producción agroecológica y atención telefónica— la maniobra histórica de la naturalización del trabajo de reproducción, solo que a cielo abierto y ya no solo como encierro en el ámbito de las casas. Mientras, *al mismo tiempo*, hay una “vuelta” a la casa bajo la modalidad de teletrabajo en expansión (vuelvo sobre esto más adelante).

En ese sentido, una acepción de trabajo esencial busca legitimar la superexplotación de ciertas tareas realizadas en la espacialidad de los territorios domésticos. Sin embargo, también podemos leer allí una inscripción de las luchas acumuladas: ¿hubiese sido posible que la esencialidad se vincule explícitamente a las tareas reproductivas sin la previa politización de los cuidados que los feminismos han puesto en agenda de manera masiva en los últimos años? No son casuales dos consignas que se han impulsado desde los feminismos y que hoy encuentran renovada repercusión: “los trabajos serán para sostener la vida o no serán” y “nuestras vidas antes que sus ganancias”.³

El trabajo desde la lente feminista excede a quienes cobran salario porque repone como condición común experimentar diversas situaciones de explotación y opresión, más allá y más acá de la medida remunerativa, más allá y más acá del terreno privilegiado de la fábrica. Pero también porque señala la necesaria subordinación y explotación de esa masa de trabajo para la existencia del trabajo asalariado, reconocido, sindicalizado. Más que nunca, no se trata de optar por una u otra perspectiva sino de optar por trazar los circuitos. Porque comprender la fuerza de trabajo desde la lente feminista hace del cuerpo (como potencia indeterminada y como materialidad imprescindible de esa potencia) un índice de la capacidad colectiva de cooperación.

Pero entonces, si por un lado, señalamos la ampliación de lo doméstico, a la vez que su expansión espacial y su superexplotación; por otro lado, vemos el movimiento inverso: el capital redefiniendo la domesticidad y metiéndose directamente en el interior de los hogares. ¿Cómo se produce esta operación del capital sobre lo doméstico mismo, entendido en su sentido más restringido: las casas? Los hogares pasan a estar cada vez más ensamblados con 1) formas de teletrabajo, 2) economías de plataforma y 3) endeudamiento doméstico. Una nueva colonización intensiva que, volviendo a la hipótesis, busca *reestructurar las relaciones de clase*.

Como lo venimos investigando (Cavallero & Gago, 2019, 2020), la mediación de las plataformas aterriza en las casas, sea por la mediación que las plataformas de medios de pago realizan para el cobro de subsidios sociales, como por lxs trabajadorxs de *delivery* que aseguran logísticas baratas y precarias de reparto. Pero también, por la profundización del endeudamiento doméstico colonizando directamente la reproducción social e, incluso, en la pandemia generando nuevas deudas.

Los hogares, a la vez que son parte de la *renaturalización* del trabajo reproductivo en general, son simultáneamente invadidos por tecnología financiera y de plataforma, de una manera tal que se organiza sobre ellos un verdadero extractivismo financiero. Así, no alcanza con dividir entre asalariadxs y no asalariadxs, porque el vínculo salario-deuda-subsidio deviene fundamental para mapear la fuerza de trabajo.

Entendemos que estamos en un momento en que la disputa sobre las formas de trabajo es fundamental. Por un lado, porque se pretende forzar la constitución de una nueva *clase servil* que provea trabajo de cuidados y servicios hiperbaratos y *naturalizados*,

³ Ver el manifiesto: “1.º de Mayo Feminista Transfronterizo”, <https://hacialahuelgafeminista.org/1-de-mayo-feminista-transfronterizo/>

disciplinando a sectores subalternos que vienen luchando justamente por el reconocimiento y la remuneración de esas tareas históricamente devaluadas y mal pagas. Aquí, la clave feminista para leer este conflicto deviene estratégica. Por otro, porque se hace necesario repensar la espacialidad y la conflictividad del trabajo (y sus modos de comprenderla, medirla, visibilizarla) para comprender también sus dinámicas de lucha, resistencia y disputa de la riqueza común.

